## BENIOWSKI.

(1771.)

El conde Beniowski, magnate de Hungría y de Polonia, fué hecho prisionero por los rusos y deportado á Kamtchatka. Al dia siguiente de su llegada á la pequeña ciudad de Bolsha ó Bolcherietzkoï, que le habian señalado como residencia, habia reunido ya á siete de sus compañeros de destierro en un complot de evasion. No se trataba por entonces mas que de procurarse un navío para huir; pero mas tarde, las cosas debian seguir una marcha del todo diferente. Beniowski no tenia treinta años; á las ventajas físicas de la fuerza, la habilidad y la elegancia, reunia una instruccion bastante sólida, que le colocaba en primera línea entre sus compañeros, y se hizo naturalmente su jefe. El gobernador le encargó dar lecciones de lenguas á sus tres hijas, y la menor llamada Aphanasie, quedó prendada de su maestro, que se sirvió hábilmente de su pasion para llevar á buen fin sus proyectos.

El número de conjurados, en un principio poco considerable, se aumentó bien pronto; pero tuvieron que vencer muchas dificultades. Beniowski y sus adictos tenian necesidad de dinero para su empresa, y sobre este punto la casualidad y la avaricia de sus guardianes los ayudó felizmente. Los tres personajes principales de Bolsha eran el gobernador, el canciller y el hetman de



los cosacos. Los dos últimos, habiendo reconocido la habilidad de Beniowski en el ajedrez, idearon hacerle jugar con los ricos negociantes del pais, á los que ganaba casi siempre. En el interés de su empresa, se vió obligado á prestarse á esta maniobra contra la bolsa de los convidados del hetman y del canciller, que tomaban la mayor parte de la ganancia: luego hubo que hacer otra parte para el gobernador. A pesar de esto, la caja de los conjurados contenia ya doce mil rublos próximamente, cuando el despecho de un jugador estuvo á punto de perderlo todo.

Un comerciante llamado Casarinow, que habia perdido sumas crecidas á este juego, regaló á Beniowski cierta cantidad de azúcar envenenada. El 1º de enero de 1771, los principales conjurados se habian reunido para tomar el té, y tan luego como probaron un poco, sintieron horribles dolores de entrañas. Uno de ellos murió la misma noche; los otros, escapados como por milagro, probaron el azúcar en algunos animales, y reconociendo quién era el culpable por las cualidades venenosas del azúcar, le denunciaron al gobernador. Se llamó á Casarinow y el gobernador le propuso, en presencia de una numerosa reunion, tomar una taza de té, lo que aceptó. — « Ved qué buen corazon tienen estos desterrados, dijo el gobernador haciendo ofrecer azúcar á Casarinow; me han regalado ayer ese pan de azúcar, que ellos habian recibido como un presente. » Casarinow palideció, se quejó de un mal súbito, y queria retirarse; pero le detuvieron, y sucumbiendo ante la evidencia, dijo que habia querido hacer perecer á Beniowski para castigarle del complot que tramaba para armar á los desterrados, apoderarse de un navío, y salir con ellos de Kamtchatka: un conjurado llamado Pianitsin se lo habia revelado todo. El gobernador, muy irritado para tener en cuenta esta inculpacion, hizo encerrar á Casarinow, y dió

órden al canciller de proceder á la confiscacion de los bienes del culpable y á su envio á las minas, conforme á la ley contra los envenenadores. Pero Beniowski habia asistido á la escena oculto en un gabinete; porque la ley prohibia á los funcionarios y aun á los simples ciudadanos el contacto con los desterrados: se ha visto cómo la observaban, pero sin embargo, algunas veces se cumplia en las circunstancias oficiales. Habia, pues, escuchado la declaracion de Casarinow, y volviendo á su habitacion, reunió á los conjurados y les denunció la traicion de Pianitsin que estaba presente. La asamblea le condenó por unanimidad, y se le concedieron tres horas para prepararse á la muerte. Un sacerdote que era del complot, se quedó solo con él, y por la noche fué conducido fuera del pueblo y fusilado.

Algun tiempo despues, las autoridades recordaron la deposicion de Casarinow; pero se buscó en vano á Pianitsin, y se dedujo que Casarinow habia hecho una falsa declaracion para justificarse.

No podemos contar detalladamente las diferentes peripecias de esta historia de cuatro meses, en que el complot fué varias veces descubierto. Los conjurados debieron su salvacion á la presencia de espíritu de su jefe, y sobre todo á la inepcia ó corrupcion de sus guardianes. Poco faltó, sin embargo, para que ellos mismos lo perdiesen todo, por sospechas infundadas contra Beniowski. Algunos dias despues del asunto Casarinow, la pobre Aphanasie, en presencia de su padre y de una infinidad de convidados, declaró su pasion por el conde. Gran furor del padre, que se calmó al momento, cuando le hicieron observar que de él dependia la libertad de Beniowski; así todo se arregló. Benioswki se encontró en favor, mas que nunca, y fué declarado libre al momento. El rumor cundió en seguida, y cuando Beniowski volvió á su habitacion encontró á cuatro de los conjurados que le intimaron con



aspecto sombrío, se trasladase á la asamblea general. Fué, y al entrar vió la puerta guardada por dos hombres sable en mano; en medio de la habitacion habia una mesa y encima una copa de veneno. Le acusaban de haber adquirido su libertad vendiendo á sus compañeros. Se justificó fácilmente, y su acusador fué el primero en abrazarle con efusion, reprochándose haber dudado de él. Beniowski obtuvo del gobernador que todos los desterrados fuesen declarados libres, y que pudiesen trasladarse juntos al pais de Lopattka para formar una colonia. Pero en tanto que adelantaba así hácia su objeto, la mujer del gobernador, Mad. Nilow, insistia para que el matrimonio de su hija se verificase lo mas pronto posible: por otra parte, uno de los conjurados, llamado Stephanow, se enamoró de Aphanasie, y los celos le trastornaron hasta el punto que quiso matar á Beniowski, y casi reveló el complot. Se le intimidó con un simulacro de juicio, y fué perdonado, aunque se aseguraron de su persona.

En efecto, los conjurados estaban perfectamente organizados; tenian armas y municiones, y en fin, á pesar de muchos obstáculos, no esperaban mas que la ruptura de los hielos para embarcarse en un buque preparado por uno de sus adictos, cuando nuevas sospechas hicieron á las autoridades mas desconfiadas. Beniowski, reconociendo por numerosos datos que todo podia comprometerse de un momento á otro, suplicó á la jóven Aphanasie, que estaba en el secreto, que le enviase un pedazo de cinta encarnada en caso de gran peligro. Todos los conjurados estaban prontos y armados. Al dia siguiente, Aphanasie envió la cinta encarnada, y el gobernador expedia al mismo tiempo á un sargento para convidar á almorzar á Beniowski. Puede pensarse, si el aviso de la hija le dejaria con deseos de aceptar el convite del padre. Pretestó una indisposicion y dejó la vi-

sita para el dia siguiente. El sargento cometió la sandez de decirle que si no iba voluntariamente, seria llevado por la fuerza, y Beniowski le respondió que si le encargaban otra vez de semejante mensaje, tuviese buen cuidado de irse á confesar antes de cumplirlo.

A las doce del dia llegó el hetman y fué recibido cortesmente; pero su aire confidencial, sus protestas amistosas, y todos sus manejos, bastante inhábiles, es cierto, todo quedó defraudado ante el buen sentido de Beniowski. A su negativa de ir al fuerte, el pobre hetman se encolerizó y le amenazó con sus cosacos. Beniowski se rió en sus barbas, y el hetman furioso llamó á sus soldados, pero á un silbido de Beniowski aparecieron cinco de sus compañeros, y el hetman y los dos cosacos fueron desarmados y encerrados en lugar seguro.

A las cinco, el gobernador envió un mensaje en que aconsejaba á Beniowski que recurriese á la clemencia del trono, y le amenazaba con la pena capital si no ponia al hetman en libertad. El conde respondió por escrito para entretener al gobernador, y sin embargo, hizo apresar, á falta del canciller, que no pudo haberse, á su sobrino y á otros dos individuos cuyos consejos temia. El primer encuentro se habia verificado y estaban rotas las hostilidades.

Al dia siguiente el gobernador mandó cuatro hombres y un cabo para arrestar al conde, que se apoderó de ellos sin disparar un tiro, bajo pretesto de darles de beber, y los encerró en su bodega. Poco despues adelantaba hácia su casa, que habia convertido en fortaleza, un destacamento al que mató tres hombres y los otros huyeron. Entonces enviaron un destacamento con un cañon. El oficial que lo mandaba dejó que Beniowski se acercase á quince pasos, bajo pretesto de parlamentar; llegados á corta distancia los conjurados hicieron fuego, sus enemigos huyeron ó se tiraron por tierra, y el cañon pasó



al poder de la insurreccion. Entonces, todos los conjurados se reunieron en un cuarto de hora; el cañon les sirvió para abrirse paso hasta el fuerte, y el centinela, viéndolos llegar con la pieza, les tomó por el destacamento que la habia sacado por la mañana, y bajó el puente levadizo. Beniowski y los suyos entraron en el fuerte, y el conde corrió á las habitaciones del gobernador para salvarle; pero este le asestó un tiro, le saltó al cuello, y Beniowski se iba á ver en la necesidad de usar de sus armas, cuando otro conjurado rompió de un pistoletazo el cráneo del infeliz gobernador y libertó al conde. Sin embargo, habia llegado la noche, y los cosacos marchaban hácia el fuerte para asaltarlo; felizmente, las escalas eran cortas, y el fuego de sus fusiles sirvió de blanco á los cañones de los conjurados, que hicieron mucho daño á los sitiadores, sin perder un solo hombre.

Al dia siguiente, los desterrados encerraron en la iglesia del pueblo á las mujeres y los niños, en número de 1,000 personas próximamente, y significaron á los cosacos que sitiaban el fuerte, que si no se sometian á ellos deponiendo las armas y dejando rehenes, pegarian fuego á la iglesia. Los cosacos aceptaron estas condiciones, y los conjurados quedaron dueños de la plaza. Habian perdido nueve hombres, y siete de entre ellos estaban heridos gravemente.

Algunos dias despues, los desterrados se apoderaron de la corbeta de guerra *San Pedro y San Pablo*. Rindieron los últimos deberes al pobre gobernador; el 9 y el 10 se ocuparon en cargar el navío, y los rehenes fueron enviados á la ciudad, exceptuando el secretario de la cancillería que hicieron cocinero del buque, para castigarle de sus maldades pasadas. Era una gran imprudencia, pero los desterrados no tuvieron que arrepentirse, segun parece. En fin, el 11, Beniowski montó á bordo,

enarboló el pabellon de la Confederacion de Polonia, que saludaron las salvas de los cañones de la corbeta, y salió de Kamtchatka, no como un prisionero que se evade, sino como un soberano que recorre su imperio.

## EVASION DE DOCE SACERDOTES

### SALVADOS POR GEOFFROY SAINT-HILAIRE

(SETIEMBRE DE 1792.)

El 13 de agosto de 1792, Haüy, Lhomond y los demas profesores del colegio del Cardenal Lemoine, fueron presos como sacerdotes no juramentados, y detenidos en el seminario de San Fermin, convertido en prision. Cerca de allí vivia un jóven estudiante que debia ser en breve una de las glorias de Francia : Geoffroy Saint-Hilaire. Habia estudiado en el colegio del Cardenal Lemoine, y tan amante de sus maestros, como apasionado por la ciencia, sin cuidarse del peligro que él mismo corria en aquella época de reaccion espantosa, resolvió salvar á Haüy y á sus compañeros de infortunio. Despues de muchos pasos, determinó á los miembros de la Academia de ciencias á reclamar en favor de Haüy. Esta reclamacion fué oida, y se acordó una órden de libertad, la cual llevó Geoffroy precipitadamente; y algunos dias despues Haüy obtuvo para Lhomond la libertad que Geoffroy y la Academia habian conseguido para él.

Pero varios colegas de Haüy quedaban aun encerrados. Se estaba en vísperas de los asesinatos de setiembre, y aunque nada conocia el público oficialmente de estos proyectos insensatos, despues del manifiesto de Brunswick, se esperaba algo terrible.

Geoffroy, queria arrancar á toda costa del peligro á sus maestros. El 2 de setiembre, en el momento en que habian empezado los asesinatos en la Abadía y en la Force, tomó el traje de un comisario de cárceles, y logró llegar hasta los presos y manifestarles los medios que habia preparado para facilitar su evasion.

— No, respondió uno de ellos, el abate de Keranran, no; no dejaremos á nuestros hermanos, pues su pérdida seria mas segura.

Esta sublime negativa desconsoló á Geoffroy sin desanimarle. Llegada la noche, se dirigió á San Fermin llevando una escala, y se apostó en un ángulo, que como hombre previsor, habia indicado al abate de Keranran y á sus compañeros. Ocho horas pasaron sin que se presentase nadie; al cabo apareció un sacerdote y en breve quedó fuera del fatal recinto; siguieron otros, y uno de ellos, queriendo franquear la muralla con mucha precipitacion, cayó por tierra fracturándose un pié: Geoffroy le tomó en brazos y le condujo á un gran almacen que habia cerca de allí. Corrió luego al puesto que su abnegacion le habia señalado, y otros sacerdotes bajaron con su ayuda. Doce víctimas habian sido arrancadas á la muerte, cuando un tiro disparado desde el jardin sobro Geoffroy le rozó la cabeza. Estaba en aquel entonces en la parte superior de la muralla y, entregado á su generosa ocupacion en cuerpo y alma, no notaba que el sol habia aparecido. Fuerza fué que bajase, y se alejó alegre y desesperado á la vez, pues los que se quedaron en la prision no debian volverle á ver. (*Vida de Esteban Geoffroy Saint-Hilaire*, por Isidoro Geoffroy.)

## DE CHATEAUBRUN.

(1794.)

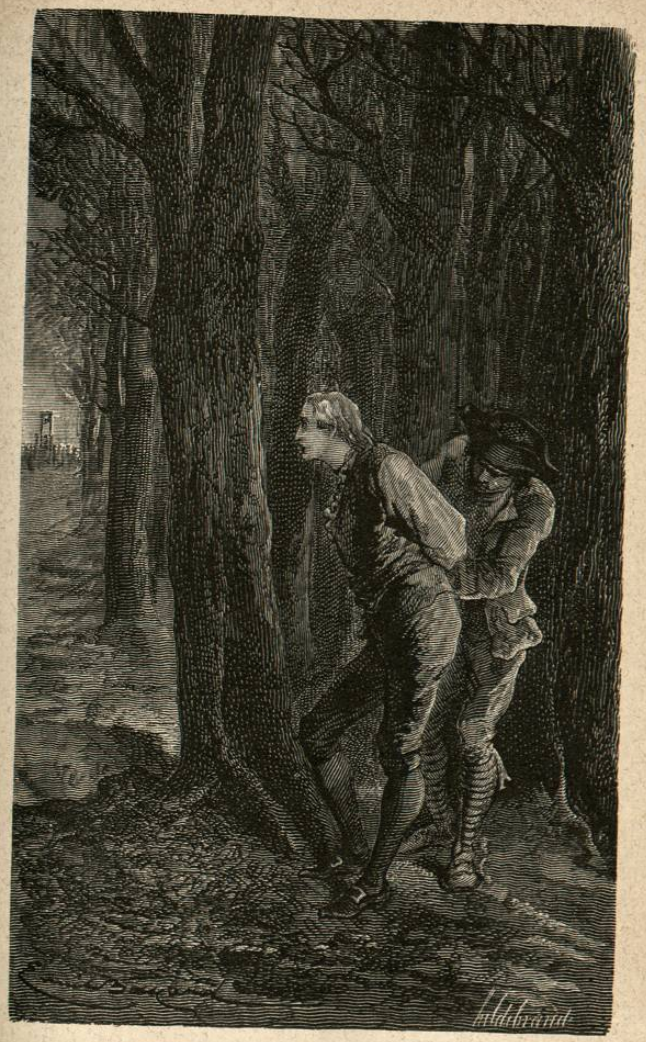
M. de Vaublanc cita el hecho siguiente en sus *Memorias:*

« Un gentilhombre, llamado de Chateaubrun, habia sido condenado á muerte por el tribunal revolucionario; y se le vió subir en el carro fatal y conducir á la plaza de la Revolucion, lugar de las ejecuciones. Despues del Terror, uno de sus amigos, que le habia visto llevar á la muerte, le encontró en una de las calles de Paris: lanzó un grito de admiracion; y no pudiendo creer á sus propios ojos, le pidió la explicacion de tan extraño suceso. Se la dió, y yo la sé por su amigo.

» Fué llevado al patíbulo con otras veinte víctimas desdichadas. Despues de doce ó quince ejecuciones, se rompió una parte del horrible instrumento, y se hizo venir á un obrero para repararlo. El condenado estaba con las otras víctimas alrededor del cadalso, con las manos atadas á la espalda. La reparacion fué larga; el dia empezaba á caer y la numerosa concurrencia estaba mas atenta al trabajo que se hacia en la guillotina, que á las víctimas que esperaba la muerte, y todos, aun los mismos gendarmes, tenian la vista fija en el patíbulo. Resignado, pero débil, el condenado se dejó caer sobre las personas que tenia detrás, que cediendo al peso de su cuerpo le hicieron sitio maquinalmente; otras hicieron lo mismo, observando el espectáculo que cautivaba su

atencion. Insensiblemente se encontró en las últimas filas de la multitud sin haberlo intentado ni pensado siquiera.

» Una vez el instrumento reparado, empezaron los suplicios y se aceleró el fin. Una noche oscura dispersó á los verdugos y á los espectadores. Arrastrado por la masa de gente se admiró de su situacion en un principio, pero pronto concibió la esperanza de salvarse. Se trasladó á los Campos Elíseos, y dirigiéndose á un hombre que le pareció un obrero, le dijo riendo que algunos camaradas le habian atado las manos á la espalda, tomándole el sombrero y diciéndole que fuese á buscarlo. Suplicó al obrero que cortase las cuerdas, y este, que tenia un cuchillo, lo hizo riéndose de la aventura que le contaban. M. de Chateaubrun le invitó á comer en una de las tabernas que hay en los Campos Elíseos. Durante la comida, fingia esperar que sus compañeros vendrian á devolverle el sombrero, y no viéndolos llegar, suplicó á su convidado que llevase una carta á un amigo suyo á quien pedia un sombrero, pues no queria atravesar las calles con la cabeza al aire. Añadió que aquel amigo le traeria dinero, pues sus camaradas le habian quitado tambien la bolsa jugando con él. El buen obrero creyó todo cuanto le decia M. de Chateaubrun; se encargó del billete y volvió media hora despues con el amigo. » (*Correspondencia literaria*, diciembre de 1857. — Extracto de las *Memorias* de M. de Vaublanc.)



El obrero tenia un cuchillo y cortó las cuerdas,

## SIDNEY-SMITH.

(1797.)

El capitan William Sidney-Smith, despues almirante, habia sido hecho prisionero en la embocadura del Sena, donde se atrevió á penetrar con los lanchones de su fragata, que se hallaba anclada en el puerto del Havre. Esta empresa pareció tan audaz, que se sospechó que el marino inglés habia querido favorecer una tentativa de los monárquicos, y dirigir un peligroso espionaje, y fué tratado sin consideracion alguna. Las sospechas sobre el objeto de su mision parecen confirmadas por el hecho de tener como secretario á un emigrado llamado Tromelin, que le acompañaba hacia algun tiempo con la esperanza de ser útil á la causa real. Si la nacionalidad de este hombre se hubiera reconocido, habria sido condenado á muerte, conforme á la ley que entonces regia en Francia, pero el capitan le hizo pasar por criado suyo. En vano pidió la Inglaterra el canje de Sidney-Smith; el Directorio se negó, sabiendo cuán peligroso era este enemigo de la Francia. Encerrado en la Abadía, y luego en el Temple, varias veces estuvo á punto de ser libertado, á pesar de la vigilancia de la policía. Algunas señoras trataron varias veces de hacerle huir, en union de Tromelin. La esposa de este último, que á lo menos podia invocar el deber como móvil de su conducta, vino á Paris y alquiló una casa cerca del Temple. Un alba-

ñil, ganado á fuerza de oro, abrió una comunicacion entre esta casa y el Temple por los subterráneos, y todo parecia asegurar el éxito, cuando el ruido causado por la caida de algunas piedras dió la alarma. Los prisioneros fueron encerrados en otra parte, y se aumentó la vigilancia. Tromelin, mas feliz que merecia ser un hombre que dirigia las armas contra su patria, fué canjeado, pero Sidney Smith tuvo que renunciar á igual beneficio. Despues del 18 fructidor fué tratado con mas rigor aun, pero se acercaba el momento de su libertad.

Entre los monárquicos entonces ocultos y conspirando en Paris, habia un oficial de ingenieros llamado Phelippeaux, antiguo rival de Bonaparte en la Escuela militar, y desde entonces su enemigo declarado. Seguramente, sin preveer que dos años despues Sidney-Smith y él se encontrarian en presencia del general Bonaparte en San Juan de Acre, y sin mas fin que perjudicar á la causa republicana, Phelippeaux resolvió libertar al capitan inglés. Se asoció con otros monárquicos, y especialmente con un bailarin de la Opera, llamado Boisgirard, y entablando relaciones con la hija de un calabocero del Temple, por ella logró engañar á su padre. Disfrazado de comisario de cárceles, acompañado por sus cómplices vestidos de gendarmes y de Boisgirard en traje de general, Phelippeaux se dirigió al Temple durante la noche. Boisgirard presentó en la oficina una órden de libertad firmada por el ministro de Relaciones extranjeras, y pidió que le entregasen el prisionero; y comprados, ó engañados por la apariencia, los guardianes y el director de la prision obedecieron. Sidney-Smith fué sacado de su calabozo, y desempeñando perfectamente su papel, fingió sorprenderse, y como hablasen de traslacion momentánea á otra prision, protestó; luego, fingiendo ceder á la fuerza, siguió á sus libertadores y subió en un coche que le condujo á Ruan, desde donde

Sidney-Smith fingió sorprenderse.

pasó al Havre inmediatamente. Allí logró hacerse conducir á bordo del navío inglés el *Argo*, que le trasportó á Lóndres.

El capitan inglés Brenton asegura en su *Historia de la marina*, que sabe positivamente que 3,000 libras esterlinas (75,000 francos), dadas por el gobierno inglés, habian abierto las puertas de la prision á Sidney-Smith, y allanado todos los obstáculos hasta la costa. Añade que lord Saint-Vincent (Jervis), le certificó haber visto la órden del tesoro.